

D. ALVARO RESTREPO

Y LA ACADEMIA DE HISTORIA

(ARTÍCULOS PUBLICADOS EN "LA ORGANIZACIÓN").

I

Defensa de la Institución.

Lo exiguo del espacio que la Redacción de este periódico se ha dignado concedernos para las réplicas á la series de artículos publicados por A. R. E. contra la Academia Antioqueña de la Historia, y el temor al efecto repulsivo que produce un *Continuará* al pie de cualquier escrito, nos priva de adoptar un plan regular de refutación, reduciéndonos á analizar aisladamente los errores lanzados por el Sr. Restrepo.

Al emprender la defensa de la Academia como institución, tomaremos en cuenta, además del artículo del Sr. Restrepo, otro, de autor desconocido, que apareció en el número 67 de este periódico, por que en el fondo concuerdan. La síntesis de tal artículo es: que por cuanto en Grecia durante el máximun de su decadencia, en Bizancio cuando el turco la conquistó, y en Roma agonizante, abundaban las Academias, es en Antioquia síntoma morboso la fundación de la Academia de Historia; máxime cuando la penuria de Tesoro hace cerrar las escuelas rurales.

Para sostener esta proposición preciso sería demostrar que son las Academias focos de corrupción y que á ellas se debió la ruina de aquellos pueblos; pero ¿habrá quién lo pretenda siquiera? Si alguien lo intentara empezaría por hallarse sin base para razonar; porque ni en Grecia, ni en Roma, ni en Constantinopla existieron verdaderas *Academias*, en el sentido moderno del vocablo, es decir: corporaciones de hombres competentes congregados con el fin de fomentar el adelanto de las ciencias, las artes

ó la literatura. En Atenas se llamó *Academia* á la Escuela Filosófica de Platón, por que éste dictaba sus lecciones en el jardín de ese nombre. El Ateneo de aquella misma República era el lugar donde los poetas y oradores se reunían á hacer gala de su ingenio, sin que por ésto los ligara un espíritu de colectividad; y la institución del mismo nombre, fundada en Roma por Adriano, no fué otra cosa que una Universidad.

La tesis contraria sí es perfectamente sostenible, á saber: que la aparición de las verdaderas Academias ha marcado los períodos de mayor impulso hacia el progreso. La primera de que hay noticia la fundó Carlo Magno, cuando la nación francesa iniciaba la éra de su engrandecimiento. En el mismo caso se hallaba Inglaterra, en el siglo siguiente, cuando se fundó la Academia de Oxford. Dice Francis Storr: "El Renacimiento fue por excelencia la época de las Academias". ¿Habrá quién pretenda que aquella Primavera de la civilización moderna fue un período de decadencia?

Pero hay más: las Academias de Historia fueron las últimas en aparecer; apenas se fundaron á principios del siglo XVIII. Qué esfuerzo retroactivo se necesita para relacionar á la modesta Academia Antioqueña de Historia, con la ruina de Grecia, Roma y Constantinopla. ¡Esto es querer arrastrar al Diablo de la cola!

Y si en todo aquello falta lógica, no sobra en lo de que, si se cierran las escuelas rurales, no debe abrirse la Academia. ¡Buenos estamos! Conque si se pierde la cosecha de maíz debemos arrancar los arboles frutales! Si se cierra una fuente de instrucción debemos cegar las otras! Lógico razonamiento!

Antes de pasar adelante transcribiremos lo que dice Laplace respecto á la utilidad de las Academias, porque la parte que ponemos en bastardilla parece escrita para el caso presente: "La verdadera impor-

tancia de las Academias consiste en el espíritu filosófico que en ellas se desarrolla y luégo se extiende por toda la nación. El hombre científico aislado *puede entregarse al dogmatismo sin quién lo refrene*, porque las contradicciones le vienen de muy lejos. Pero en una Sociedad científica la sola enunciación de miras dogmáticas *conduce á la eliminación de éstas*; y el deseo de cada miembro de convencer á los otros produce el efecto *de no admitirse nada que no sea el resultado de estudios verdaderamente científicos.*"

Para concluir, analicemos los párrafos capitales del artículo del Sr. Restrepo :

"Se comprende muy bien en Medellín la existencia de una Academia de Medicina &c., &c. . . . Pero una Academia de Historia Patria, donde no hay aún historia ni historiadores, sino unos pocos aficionados á revolver archivos los unos, á fatigar su imaginación otros, ó á transmitir cuentos de brujas los más, parece una ridiculez que se aparta mucho de la aparente seriedad de hombres sensatos eso de aparecer de la noche á la mañana *Académicos* de la *Historia* por arte de un decreto ejecutivo, tomar á lo serio la farsa, y constituirse en autoridad para juzgar á sus compañeros de estudio, es el colmo de la originalidad y la pretensión."

Vamos por partes. Si es una necedad fundar Academias de Historia donde no hay *Historia* (y obsérvese que aquí el Sr. Restrepo confiesa que la que él publicó con ese nombre no lo es), deberán fundarse donde la Historia está yá hecha y derecha, es decir, donde no se necesitan. ¡Absurdo! ! Monumentalmente absurdo! Las Academias de Historia se fundan para escribir la *Historia*; y donde ésta no existe son más necesarias que en ninguna otra parte.

Dejemos sin análisis, por su carácter ofensivo, los calificativos con que regala á los miembros de la Academia el mismo que, cuatro renglones más adelante, dice : que "constituírse en autoridad para

juzgar á sus compañeros de estudio es el colmo de la originalidad y la pretensión". ¡Qué inconsecuencia! Y nótese la diferencia que hay entre tildar sumariamente el carácter de un grupo respetable de personas, y refutar los errores en que incurre un escritor en un libro que se publica con auxilios del Gobierno, es decir, á costa de todos los ciudadanos; lo que les daría á éstos derecho á la crítica, si la defensa de la verdad no nos obligara á todos.

Considera el mismo señor el "revolver archivos" como una práctica que inhabilita para ser historiador. Pero, si la historia, según lo afirma, *no existe*, ¿cómo se podrá formar sino exhumándola de los archivos? ¡Oh lógica! ¡Bendita lógica! Por lo visto, el Sr. Restrepo ha rehuído aquella práctica indigna, y de allí viene el defecto capital de su *Historia*: afirma hechos, establece hipótesis sin mencionar los documentos en que se funda; y su libro aparece sin una sola cita, contrariando la práctica de todos los que en los tiempos modernos han escrito de historia. Y no se le muestren los errores, con los documentos en la mano, porque yá conocemos sus desahogos.

El haberlo hecho así el Presidente de la Academia en su discurso inaugural, sin nombrar al Sr. Restrepo ni á su libro, saca á éste de quicio, y le hace preguntar si el Presidente ignoraba que él era miembro nato de la Academia, y que debía asistir á la sesión solemne. Pero, ¿cómo se entiende esto? Primero declara el colmo de la pretensión el que los demás "hubiéremos tomado á lo serio" lo de la Academia; no concurre á ninguna reunión, aunque el primer Presidente, Dr. Uribe Angel, le hace citar para todas personalmente; y luégo alega su título de Académico para impetrar inmunidad en favor de los errores de su libro! Siempre la misma lógica, es decir, la misma falta de lógica.

Para terminar, el Sr. Restrepo manifiesta extrañeza porque la crítica de su *Historia* no se hubiese

hecho por la prensa, más bien que en el discurso académico. Esa misma circunstancia está demostrando lo que nuestro contendor ha tratado de negar: la utilidad de la Academia Antioqueña de Historia. Muchas personas habían observado los errores que pululan en la *Historia de Antioquia*; pero hasta que la organización de la Academia hizo necesario tratar el asunto, nadie se había resuelto á emplear en ello su tiempo. Quien ha salido ganando es el público en general.

II

El hombre cuaternario en América.

En su segundo artículo entra el Sr. Restrepo en materia con el siguiente párrafo:

“Cuando la tradición mosaica entró en el dominio de las inteligencias como fundamento de la civilización cristiana, se presentó una duda sobre la unidad de la especie humana.”

La obra de Moisés y la de Cristo, armónicas en lo moral, engendraron sociedades distintas. La civilización cristiana suplantó, á la vez que la pagana, la mosaica ó judía. Cómo pudo ésta, suplantada por aquélla, *entrar como su fundamento*, sólo D. Alvaro nos lo podrá explicar; porque el asunto supera á todo razonamiento.

Mas no pára aquí el arcano. Cuando Colón descubrió la América “la sanción religiosa, sagrada y terrible (son palabras de D. Alvaro) estrechó el campo de las investigaciones. . . . Mas como no hay tradición que compruebe la navegación de Noé hasta los confines del mundo, fue necesario hacer pasar las gentes del antiguo al nuevo continente. . . . Hé aquí cómo nacieron las teorías científicas sobre origen de los americanos.”

Anotamos la confesión de haber sido el Catolicismo quien inspiró las teorías científicas sobre el origen de los americanos, lo que arguye contra el

oscurantismo de que le acusa la Escuela á que pertenece el Sr. Restrepo, y sometemos á los lectores católicos de *La Organización* la grotesca burla que se lanza contra sus creencias, sin fundamento alguno, puesto que el Catolicismo, como lo demostraremos en nuestro próximo artículo, jamás ha cambiado sus doctrinas á causa de los descubrimientos científicos. La verdadera ciencia no ha hecho más que demostrar la verdad divina de los Libros Sagrados.

Afirma luégo el Sr. Restrepo, que cuando la América fue reconocida se halló que era tan vieja, "que al tratar de estudiar los fenómenos más recientes había precisión de romper los límites señalados al tiempo de la creación"; y ensarta en seguida este sonoro párrafo:

"Desde las más altas cimas hasta los valles más profundos, y desde las orillas de uno á otro mar, restos vegetales y animales confundidos en capas profundas y en condición imposible á la vida en las épocas ya estudiadas, revelaron en todo el continente la existencia del hombre en épocas que no entraban en los cálculos de los geólogos del viejo mundo."

Nó; los sabios jamás hallaron que la América fuese más antigua que el viejo Continente: así lo demuestran la Paleontología, y el no haber tenido que cambiar acá en nada la nomenclatura con que en Europa se designaban las formaciones geológicas. Las condiciones para la vida orgánica en América no difirieron nunca, para zonas y épocas iguales, de las de allende el Atlántico: prueba, la similitud de las especies vegetales y animales que aquí y allá coexistieron. Las huellas del hombre prehistórico no se encuentran sobre toda la superficie de nuestro Continente, de mar á mar, y de las cimas de los montañas á los valles más profundos; sólo se han hallado en algunos parajes de los Estados Uni-

dos, en tres de la Argentina y el Brasil, y últimamente en este Departamento. Finalmente, la especie humana no ha resultado ser más antigua en América que en Europa; baste saber que los restos de nuestros aborígenes cuaternarios son más recientes que los de Constadt y Cro-magnon; pueden consultarse sobre el particular las obras de Quatrefages y de Hamy.

Corresponde al Sr. Restrepo probar sus audaces afirmaciones, cuyo efecto es nada menos que trastornar desde los cimientos la Geología y la Etnología. Que cite en su apoyo una sola autoridad científica, genuina; que sustente sus proposiciones en algo más sólido que el lirismo de los párrafos, y nos daremos por vencidos; aunque tenemos de nuestra parte el testimonio de todas las obras que han llegado á nuestras manos en más de veinte años de estudio.

Según el Sr. Restrepo, las teorías expuestas por el Presidente de la Academia en su discurso inaugural, sobre los primitivos habitantes de la América "son muy viejas y debatidas". De buena gana le creeremos si nos dice quién había sustentado, hasta hoy, la formación, en Sudamérica, de una raza distinta de las que poblaron el Continente por el Norte; quién había asimilado á esa raza á los Chibchas, los Quimbayas y otros grupos de Antioquia y Centroamérica; y, principalmente, quién había señalado la existencia, en Colombia, del hombre paleolítico. Si lo hace, podrá arrebatarse al trabajo del Presidente de la Academia el mérito de la originalidad; de lo contrario, nó.

A propósito del último de aquellos puntos, incurre el Sr. Restrepo en un ridículo *quid pro quo*. Hablando de los objetos de la industria humana en cuyo hallazgo se funda aquel trabajo, dice: "Muchos años hace que se vienen descubriendo en Antioquia objetos como aquellos de que él hace men-

ción, entre los cuales hay en el Museo restos hallados en Betulia". No hay en el Museo, procedente de Betulia, ni una sola reliquia paleolítica, pero sí unas muelas de mastodonte. ¡ Si confundirá á nuestros abuelos cuaternarios con el gigantesco proboscídeo ! Hasta hoy los racionalistas se han esforzado en demostrar que descienden del mono; pero ninguno había puesto al mastodonte en su abolengo.

Para dar el Sr. Restrepo golpe de gracia á las mencionadas teorías, fruto de largos y escrupulosos estudios, no se consagra á escudriñar la tierra ni á recoger datos, para oponer hechos á hechos, observaciones á observaciones, como se usa en las polémicas científicas, sino que supone, á humo de pajas, que el canaleta hallado en Sampedro, á siete metros de profundidad, debió de ser sepultado, en época reciente, en algún socavón de mina que se derrumbó. Para que la hipótesis se tuviera en pie sería preciso demostrar la existencia del socavón y de la mina en que se excavó; pero el canaleta se halló en una capa intacta de arcilla pura, que se explotaba para hacer ladrillos, y que, por leyes que ningún minero ignora, no podía contener oro. Además, ¿ con qué objeto se habría construído y llevado á un socavón un canaleta que sólo sirve para remar?

En cuanto á los lagos que en la época cuaternaria formaron los aluviones auríferos de Sampedro y Santarrosa, dice el Sr. Restrepo lo siguiente:

"Aquello de que en un tiempo se hubiera podido navegar sobre Santarrosa y Sampedro, si nos parece demasiado fuerte; pues el nivel de las aguas habría llegado á tal altura, que no quedaba esperanza de alcanzar orilla. Según lo tenemos entendido, no lo aseguramos, el nivel de Santarrosa pasa por cerca de Egipto, en Bogotá. ¡ Pobres Chibchas !"

La existencia de aquellos lagos no es punto sujeto á discusión: lo demuestran las mismas capas

estratificadas de arcilla y de cascajo aurífero que constituyen las minas de Sampedro y Santarrosa. Si los lagos no existieron, ¿quién llevó allí esos materiales, y los extendió cuidadosamente en capas horizontales? Que tal disposición sólo pudo ser obra de las aguas lo sabe quien haya estudiado el A. B. C. de la Geología. Yá Codazzi había señalado el hecho; y lo confirmó el Ingeniero D. Germán Jaramillo Villa en su notable tesis de grado.

Analícemos los argumentos con que el Sr. Restrepo ataca este monumento de evidencia;

1º *“Que el nivel de las aguas habría llegado á tal altura que no quedaba esperanza de alcanzar orilla.”* Los valles de Santarrosa y Sampedro estuvieron y están hoy, salvo los efectos naturales de la denudación, encerrados por cordilleras cuya altura relativa varía de 60 á 300 metros; al llenarse aquéllos de agua, el sobrante hubo de derramarse por la depresión más baja de las cordilleras, y éstas quedaron sirviendo de *orilla* á los lagos. ¿Qué significa, pues, aquel argumento, que en realidad no tiene sentido inteligible?

2º *“Que por aproximarse el nivel de Santarrosa al de Bogotá, el lago habría ahogado á los Chibchas. ¡Pobres Chibchas!”* Esta concepción es aún más absurda que la anterior, porque supone que si en una de nuestras cordilleras existe un lago, sus aguas han de ir á inundar á los que vivan al mismo nivel en otra cordillera. Un hecho práctico y actual será la mejor refutación. En la Cordillera Oriental, y en la antigua tierra de los Chibchas, existe el lago de Fúquene, á 2,435 metros sobre el nivel del mar; y á la misma altura se halla nuestro pueblo de Sampedro. ¿Por qué no se habrán ahogado los pobres sampedreños? ¿Por qué? Simplemente porque los desagüaderos de los lagos, como todos los ríos, buscan los valles profundos, para seguir hacia el mar, sin

necesidad de saltar de cordillera á cordillera, con el solo objeto de anegar á los Chibchas.

¿Y qué dirá el Sr. Restrepo cuando sepa que contemporáneamente con nuestro lago de Santarrosa existió uno en la propia Sabana de Bogotá (coincidencia curiosa), sin que los Chibchas tuviesen que sufrir nada, pues aún no habían poblado aquel territorio?

III

Racionalismo semicientífico.

Vamos á cumplir la promesa de demostrar que la ciencia confirma la verdad de las Sagradas Escrituras, refiriéndonos especialmente á los puntos que el Sr. Restrepo ha tratado de vulnerar. Analicemos en orden sus ataques.

1º *Se mofa de la tradición mosaica, por cuanto afirma que el Egipto fue poblado por descendientes de Can; y agrega que antes se le había hecho cargar con la maldición de Caín.*

Se necesita no haber leído el libro que se critica para pretender lo último; pues la Biblia, que reconoce á Noé como progenitor de todos los actuales habitantes del mundo, le hace descender de Adán, no por Caín, sino por Seth, padre de Enós, abuelo de Cainán, &c, &c.

El origen Camita de los egipcios es hoy un hecho indiscutible. La Epigrafía ha demostrado que los primitivos habitantes del valle del Nilo llamaban á su país *Cam* ó *tierra de Cam*. Las demostraciones de Gardner Wilkinson no dejan duda respecto á que los dos elementos de aquella raza son el caucásico y el africano: este último de pura cepa de Cam. Finalmente, Stanley Lane Poole sostiene que el monosilabismo de la lengua egipcia le viene del parentesco con las nigríticas, camitas por excelencia.

2º *Pretende que la Sanción Religiosa, no habiendo podido meter á los americanos, cuando los descubrió Colón, en el Arca de Noé, inventó su pasaje del antiguo al nuevo Continente.*

Que los americanos proceden del Viejo Mundo no es una patraña sectaria, sino una verdad científica, demostrada por la Filología comparada.

El gran matemático y filólogo inglés, Young, halló, por el cálculo de las probabilidades, que tres palabras idénticas en dos idiomas, si no se explica su presencia por una causa especial, dan 10 probabilidades contra 1 de que aquéllos tienen un origen común; 6 palabras dan 1,700 probabilidades contra 1; y 8, casi 100,000, es decir, una evidencia absoluta. Burton y Vatel, en ochenta lenguas tomadas indistintamente de todo el Continente Americano, hallaron ciento setenta palabras cuyas raíces son comunes. Las tres quintas partes de ellas se relacionan con los idiomas manchú, toungú y mongol, y las otras dos con el copto, el congo y el celta; lo que demuestra que los americanos proceden de pueblos asiáticos y africanos, y aun europeos.

Esta evidencia se hace abrumadora cuando se estudian las tradiciones y costumbres de los aborígenes del Nuevo Mundo. . . . Pero ¿á qué apurar la demostración cuando el Sr. Restrepo, por una de sus frecuentes contradicciones, dice en su artículo III que la América fue poblada por emigraciones procedentes del Norte de Asia? *¡Confitentem reum habemus!*

3º *Supone que la antigüedad de la raza humana en América infirma la relación mosaica, en lo relativo*
AL TIEMPO ASIGNADO Á LA CREACIÓN.

La antigüedad de la raza humana nada tiene que ver con la duración de la creación; porque tanto la Biblia, como la ciencia, establecen que el hombre fue el último organismo creado. Por no suponer que el Sr. Restrepo haya incurrido consciente-

mente en tan solemne disparate, asumimos que quiso referirse al tiempo corrido de la creación hasta nuestros días, y en ese terreno vamos á analizar su proposición.

Por haber carecido antiguamente las lenguas semíticas de signos para las vocales, las primitivas copias del Génesis se escribieron con sólo las consonantes; esto, durante los 1,300 años corridos desde Moisés hasta la época en que se fijó definitivamente el texto, dio lugar á varios errores de los copistas y á diferencias entre las tres versiones que han llegado hasta nosotros; la más notable es la relativa al tiempo transcurrido entre la Creación y el Diluvio. Con tal motivo, la Iglesia se abstiene de fijar ese tiempo y reconoce plena libertad sobre el particular, de suerte que la proposición carece de fundamento. Pero aun aceptandô que de la Creación hasta hoy sólo han corrido los 8,000 años que da la versión de los setenta, cabe perfectamente en ellos cuanto se sabe de cierto sobre la antigüedad del hombre.

Nadie demostrará jamás con certidumbre que los depósitos en que se hallan los primeros restos humanos tengan más de 8,000 años. ¿Cómo podría demostrarse?

Los relatos genuinamente históricos y ajenos á la fábula, sólo dan á la civilización más antigua, que es la egipcia, 6,000 años de antigüedad; sigue la china con 5,000 años. ¿Cómo alcanzó el hombre en 2,000 años esa cultura? Para los cristianos la cosa es clara: Adán nació sabio, como hecho á semejanza de Dios; y de la cultura de Noé da testimonio la construcción del Arca. Los descendientes de uno y otro, que adoptaron desde luego la vida sedentaria fueron civilizados; y por eso las más viejas civilizaciones se hallan relativamente cerca de la llanura de Senaar. Las huellas de antiguo salvajismo que en otras partes aparecen, proceden de las

puebladas que se alejaron del centro, y que en la lucha por la vida, en medio de una naturaleza bravía, perdieron su cultura. En cuanto á los racionalistas, nada pueden afirmar ni negar sobre el particular, mientras no DEMUESTREN cómo y en qué condiciones apareció el primer antropomorfo sobre la tierra.

4º *Emite duda sarcástica sobre la verdad del Génesis en lo relativo á la Creación del mundo.*

Cuando, á principios del pasado siglo, Champollión, Niehbur y Munster empezaron, el primero á descifrar los pintorescos jeroglíficos egipcios, y los segundos á traducir la escritura cuneiforme de las bibliotecas formadas, en vez de libros, con los millares de ladrillos grabados que cubrían las ruinas de Nínive, Persépolis y Korsabad, el racionalismo creyó llegada la hora de confundir á los defensores de los Sagrados Libros; pero su derrota fue completa.

La Asiriología no sólo demostró que los pueblos de la lista etnográfica del Antiguo Testamento, cuya existencia se negaba, existieron en realidad; no sólo confirmó la unidad de razas proclamada por Moisés (1); sino que exhumó una relación de la creación casi igual á la mosaica, y procedente de tradiciones independientes, y tan antiguas, que el Rey Asarbanipal, que las hizo escribir 700 años A. J. C., dice que vienen de los tiempos más remotos.

Lamentamos no poder reproducir todo lo que George Smith ha descifrado de las doce tabletas, desgraciadamente muy mutiladas, que constituyen este precioso documento; pero damos en seguida, como muestra, lo correspondiente al versículo 2º del Génesis:

“Antes lo que está arriba no se llamaba cielo; y lo que está abajo, sobre la tierra, no tenía nom-

(1) Chabas *Etudes sur l'Antiquité Historique.*

bre. El abismo infinito fue su origen. Las aguas fueron reunidas, y había una obscuridad profunda y un viento de tempestad."

Hé aquí el versículo 2º del Génesis:

"La tierra estaba informe y vacía, y las tinieblas cubrían la superficie del abismo; y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas."

Y no se diga que el un historiador copió al otro, porque lo desmienten las diferencias que hay entre las dos relaciones, empezando porque la una es monoteísta y la otra politeísta. Ambas proceden de la tradición primitiva, aunque la una ha sido alterada por falsas nociones religiosas.

En cuanto á la Epigraffía Egipcia, ella ha revelado tales concordancias con la relación mosaica, que el impío Elbers pretende que Moisés copió su cuadro etnográfico de las antiguas historias egipcias.

También la Geología, que en los comienzos se encará con el Génesis, lo ha confirmado, revelando maravillosas concordancias: en cuanto á haber estado la tierra cubierta por las aguas antes de emerger los Continentes; respecto á haber permanecido las aguas durante largo tiempo en forma de vapor (tercer día de la creación); y finalmente, en la aparición progresiva de los seres: primero comienza la vida vegetal, en escala ascendente de la yerba al árbol; y luégo aparece la animal, que principia por los organismos acuáticos, para seguir con las aves, los animales terrestres, y el hombre al fin.

A tan maravillosa confirmación han contribuído las otras ciencias: la Astronomía con la teoría atómica de Laplace, que demuestra el primitivo estado caótico de la tierra; la Física con la teoría etérea, que hace posible y aun necesaria la existencia de la luz antes de la creación del sol; la Botánica con la demostración de que las plantas pulposas, pri-

meras que aparecieron en la tierra, pueden existir sin la luz solar.

¿Cómo pudo Moisés, sin ser inspirado por Dios, consignar todas aquellas verdades que á la simple vista parecían absurdos, 3,500 años antes de que la ciencia las demostrase? Si no hubiera más prueba de la divinidad de los Libros Sagrados, esta sola reflexión bastaría.

Queda, pues, demostrado que la Iglesia nunca tuvo necesidad de modificar sus principios y enseñanzas con motivo de los descubrimientos científicos; porque éstos no han hecho más que confirmarlos.

IV

Ignorantia elenchi.

Existe en la Polémica un género de triunfos fáciles, pero efímeros, como todo lo barato: consiste el artificio en atribuir al contrincante un error que no pasó por sus mientes, y refutarle en seguida con lujo de argumentos. A esto llaman los dialécticos *ignorantia elenchi*.

A recurso tan socorrido ocurrió el Sr. Restrepo respecto á varios pasajes del discurso del Presidente de la Academia; por hoy analizaremos dos. Señaló el orador la existencia del hombre cuaternario en Antioquia, sin determinar su procedencia; y habló en seguida de las colonias posteriores, sobre cuyo origen sí pudo avanzar conceptos, fundado en las tradiciones, costumbres y caracteres físicos y morales de sus descendientes; pero ni por asomo dijo—y mal podría hacerlo dada su ortodoxia—que los autóctonos paleolíticos existiesen en la América *antes de pasar á ella los hombres del Antiguo Continente*, esto es, que fuesen producto espontáneo de la tierra. ¿Qué hace el Sr. Restrepo? Las siguientes transcripciones de su artículo lo dirán:

“*Si antes de pasar los hombres del Antiguo Continente yá había habitantes en América ; cómo hace para colocar esta rama en el árbol genealógico de la familia de Noé? Si nosotros hubiéramos lanzado esta HEREJÍA, nada llamaría la atención, pues al fin, yá estamos calificados; pero en boca del Sr. Ospina, la cosa es gravísima y debe ser estudiada POR OTROS MAESTROS.*”

Ni las palabras que aparecen en bastardilla en la transcripción, ni cosa que se les parezca, existen en el discurso del Presidente; y sin embargo, sobre ellas gira toda la argumentación del Sr. Restrepo, quien, á imitación de los viejos Inquisidores, á cuyo Tribunal apela, hace un muñeco de cera, somételo á juicio y condénalo á la hoguera.

Como prueba de que el Presidente de la Academia dio á entender que hacía de los hombres primitivos de la América un solo grupo con los del viejo Continente, transcribiremos estas frases suyas: “*el recio y audaz cazador que ocupó el continente europeo cuando había allí más fieras que hombres existió TAMBIÉN en Antioquia*”

Al guardar silencio el Presidente de la Academia sobre el origen *mediato* de los americanos cuaternarios, permaneció fiel al gran principio que informa el objetivo trascendental de su discurso, y es, que en materia de Historia no debe afirmarse nada que no se pueda probar ó sustentar sobre indiscutible autoridad. Precisamente sobre el punto que nos ocupa, pero con referencia á Europa, se demostró, no hace mucho tiempo, á qué bochorno se expone quien desatiende aquel principio. Todos los etnólogos habían declarado que los europeos cuaternarios procedían directamente del Asia, y hasta sus itinerarios se habían determinado con interesante minuciosidad; pero cátrate que, cuando menos se esperaba, M. Karl Vogt (1) demuestra, de un modo

(1) Anthropologie Moderne.

concluyente, con los artefactos, semillas y animales domésticos que aquellos emigrantes llevaron consigo, que el lugar de su procedencia fue el Egipto.

Bien se deja ver que el silencio del Presidente de la Academia sobre punto tan espinoso fue consciente y deliberado; y no es que le faltaran en absoluto datos para aventurar una hipótesis: por las proporciones relativamente diminutas de los objetos hallados, y por los rasgos de ciertos individuos cuasienanos, que por atavismo suelen aparecer entre nuestros indios, había sospechado que los autóctonos ó primeros habitantes de la América se asemejaban á los Esquimales; y grande cuanto grata fue su sorpresa al ver después confirmadas aquellas sospechas por las siguientes frases de M. de Quatrefages, relativas á los restos de americanos cuaternarios hallados en la Argentina y el Brasil.

“La solución del problema de las relaciones étnicas de los hombres cuaternarios cuyos restos se han hallado en Lagoa-Santa sólo se puede hallar entre los Esquimales; porque ellos también son á la vez dolicocefalos, (1) hipsistenocéfalos (2) y prógnatas. Por otra parte, su hipsistenocefalia presenta el carácter particular que he señalado en el hombre de Lagoa-Santa.”

Pasemos al otro triunfo obtenido por el Sr. Restrepo sobre los molinos de viento, en su tercer artículo. Dijo el Presidente de la Academia: “Mientras que por su extremo norte (de la América), penetraban invasiones sucesivas de los pueblos asiáticos primitivos, esbeltos y espigados, en que predominaba EL TIPO árabe ó judío, con su cráneo dolicocefalo &c. . . .”

El Sr. Restrepo, que no se anda por las ramas, convierte la *asimilación de tipo* de ciertos grupos americanos con los árabes y judíos, en la afirma-

(1) De cráneo alargado hacia atrás.

(2) De cráneo levantado en forma cónica.

ción de que éstos invadieron la América. Hé aquí sus palabras:

“No fueron nunca los judíos ni los árabes pueblos inclinados á la emigración. . . . Se necesita poderoso esfuerzo de imaginación *para incluir estas razas en las colonias asiáticas que vinieron á América.*”

La referencia á los tipos árabe y judío *para determinar el aspecto* de los primitivos pobladores del Asia, que indudablemente pertenecieron al mismo grupo étnico, tiene su razón de ser, y es que éstos, acosados y casi destruídos por sucesivas invasiones de mongoles y caucásicos, sólo están hoy representados por pequeños grupos, que permanecen aislados y casi desconocidos en las montañas y lugares más recónditos, como los Todas, los Koutchies y los Aínos. Referirse á su aspecto físico para dar á conocer el de ciertas tribus americanas, habría sido, para la generalidad del público, tanto como no decir nada.

De que existe la semejanza que dio lugar á la referencia, si ella no saltara á la vista en los Estados Unidos, Méjico y Suramérica, serían prueba suficiente las afirmaciones y descripciones de los viejos cronistas. Por lo pronto recordamos que Zárate; en su *Historia del Perú*, dice que los indios de la costa del Ecuador y parte de lo que hoy llamamos Chocó tenían “el rostro ajudiado”.

Resulta de todo lo dicho que el Sr. Restrepo, para poder rebatir al Presidente de la Academia, puso en boca suya conceptos que jamás emitió. Esto sentado, sería inútil entrar á analizar las largas disertaciones de aquél, sobre que los errores que atribuye á éste afectan “el cómputo cronológico de la Historia”, y revelan ignorancia del estado de los pueblos primitivos del Asia, que habrían impedido el paso de los emigrantes, y de que los judíos no fueron nunca inclinados á la emigración. Pero ni

en esto acertó nuestro crítico; estudiemos, para muestra, la última proposición.

Las emigraciones del pueblo judío principiaron desde su origen, y aún no han terminado. Cuando sólo constaba de la familia de Abraham, emigró de Caldea á Palestina; y apenas se había convertido en una pequeña tribu, cuando se trasladó á Egipto. Pasados bastantes años, y transformado yá en un pueblo numeroso, llevó á cabo, hacia Canaán, el más grandioso éxodo que registra la Historia. Una vez establecido en la tierra prometida principió la emigración parcial. De la magnitud y extensión de ésta, antes de la destrucción de Jerusalén, nos dará idea el siguiente fragmento de una carta de Herodes Agripa á Calígula, citada por J. Wellhausen:

“Jerusalén es la metrópoli no sólo de Judea, sino de muchos países, á causa de las colonias que EN DIVERSAS OCASIONES ha enviado á Egipto, Fenicia, Siria, Panfilia, Sicilia y la mayor parte del Asia Menor; lo mismo que á los siguientes países de Europa: Tesalia, Beocia, Macedonia, Etolia, Atica, Argos, Corinto y Peloponeso.”

Después de la destrucción de Jerusalén la dispersión de los judíos por el mundo ha sido tan completa, que de más de cinco millones que existen hoy, sólo quedan 15,000 en Jerusalén, en tanto que Rusia cuenta dos millones y medio, millón y medio Austria, 250,000 los Estados Unidos, 70,000 Turquía, 65,000 Inglaterra &c., &c. No hay ningún país civilizado que no posea una numerosa colonia judía.

En realidad, se puede afirmar que el pueblo más inclinado á la emigración ha sido el Judío.

V

Pretendida unidad de la población americana.

El siguiente párrafo resume las ideas del Sr. Restrepo sobre el tema que encabeza este artículo:

“En una época que aún no ha podido determinarse, las tribus del Norte de Asia, aumentadas de una manera considerable, se lanzaron, como sucedió en Europa siglos después con los bárbaros del Norte, sobre los pueblos civilizados del Sur, y principió una época de guerras de exterminio de las razas, lo que obligó á gran número de éstas á emigrar al Norte del Continente americano, dando origen á LA ÚNICA CORRIENTE POBLADORA DEL NUEVO MUNDO.”

Lástima que el resultado de las investigaciones del Sr. Restrepo no concuerde con lo que han hallado las primeras autoridades sobre la materia: oigamos las palabras de algunas de las más conspicuas:

“Los tres tipos fundamentales de la humanidad se han hallado en la América, como en la Malasia.” (QUATREFAGES. *Histoire des Races Humaines*).

“No trataremos de rehacer la historia antigua de la América; però sí haremos constar que antes de la llegada de los europeos ella encerraba poblaciones sumamente variadas; y que las razas Blanca, Amarilla y Negra estaban yá representadas allí.” (R. VERNEAU. *Les Races Humaines*).

“Si todas estas analogías se consideran como prueba de afinidad, podemos inferir, y así se ha hecho, que la América fue poblada por emigrantes del Africa, la Europa Occidental, el Este del Asia y la Polinesia.” [C. MACLAREN. *América E. B.*]

“Las grandes diferencias que se observan en cuanto á la forma del cráneo y el color de la piel en los pueblos indígenas de América, revelan numerosos cruzamientos.” (FIGUIER. *Les Races Humaines*).

Aunque tan autorizadas afirmaciones no requieren ampliación, agregaremos algunos datos detallados, porque el tema debe interesar á los lectores.

De la introducción en América del elemento blanco europeo hay constancia histórica en los *Sagas* de Islandia, donde se refieren los viajes de los islandeses á nuestro Continente desde el siglo VIII, y la fundación de colonias escandinavas, desde el Labrador hasta Rhode Island (1). Las huellas de este elemento étnico son manifiestas en los *Esquimales del Canadá*, blancos, rubios y barbados, que describe Charlevoix; en los Lee-Panis, indios blancos del Missouri, descritos por Pyke; en los Guatusos de Costarrica; y en la tribu, también blanca, que reconoció Ampudia en el golfo de Paria.

En cuanto á los blancos alófilos del Asia, C. W. Brooks, después de diez y siete años de pacientes investigaciones, ha señalado el arribo involuntario á las costas americanas, desde Acapulco hasta Sitka, durante los tiempos históricos, de más de sesenta juncos japoneses, arrastrados por la corriente marina de Tesan. Esto, repetido desde que los japoneses empezaron á navegar, explica por qué muchos de los náufragos se han hecho comprender en su idioma de los indios de la costa, especialmente en Atka y Adakh (2); y por qué los miembros de una embajada japonesa entendieron la lengua de los indígenas de Santabárbara en California (3).

Harváy de Saint Dénis ha confirmado el hecho de constar en la literatura china que los *Celestiales* visitaron el nuevo Continente muchos siglos ántes que los Europeos. Por otra parte, se sabe, á no quedar duda, que en los comienzos del Budismo sus apóstoles vinieron hasta el país de Fusang, que no es otro que la América. Proceden de estos alófilos ó amarillos asiáticos, los Koluches de Alaska (*Quatrefages*), los Makelchels de California (*Powers*), los

(1) Entre muchos otros autores puede consultarse á Bremi.

(2) *Bancroft*. Vol. V. Pág. 51.

(3) Guillemin Tairaire.

Ekogmuts de la Bahía de Hudson (*Dall*) y los Nihaunís de los Grandes Lagos. Respecto al arribo de chinos á Suramérica no nos extenderemos, porque preparamos sobre este punto un estudio formal, cuyo solo anuncio provocó los errores del Sr. Restrepo que en este artículo combatimos; baste por hoy aducir una sola prueba, por cierto incontrovertible, entre más de veinte que sirven de base al aserto; y es la existencia en Eten, Provincia de Lambayaque, Perú, de una tribu indígena cuya lengua fue comprendida por los chinos importados á aquella República (1).

También el Africa nos envió su contingente blanco, con los Guanches, ó primitivos Canarios, cuyas huellas reconocieron en Méjico y la Florida, respectivamente, Verneau y Guesde; pero mucho más copioso fue el aporte de sangre etiópica venida del Continente Negro, sobre las aguas de la gran Corriente Ecuatorial, que, después de estrellarse contra el cabo San Roque, se divide en dos brazos, uno septentrional y otro meridional, á lo largo de los cuales se encuentran los vestigios indelebles de la sangre africana, entre los Yamassis de la Florida, los *caribes negros* de la isla de San Vicente, los Charruas del Brasil, el grupo negro hallado por Balboa en el Darién, y los Bribries de Costarrica, cuyo idioma resulta muy semejante á los del Oeste del Africa.

La Perouse, Ten Kate y Cássac han reconocido la estampa característica de los negros de la Oceanía en los indios de más de 500 leguas del litoral occidental de la América del Norte; y muy especialmente entre los Yuroks, Karoks, Chillalas, Gallinmeros y Achomawis; y hasta en el interior del Continente la han hallado, en los Shoshones y Zunís, Powers y Shoalcraft, respectivamente.

(1) PAZ SOLDAN. *Geografía del Perú*.

Todas aquellas razas vinieron á agregarse á las cuaternarias, cuyos representantes más genuinos son, en Méjico los Otomíes, y en el Brasil los Boto-cudos; y á las invasiones asiáticas que ingresaron por tierra al Norte del Continente, y formaron el acervo principal de la colonización americana. Mas no se crea que éstas fueron homogéneas: bástenos citar entre los grandes grupos perfectamente distintos y definidos, los *Puebloños* de cráneo semi-cúbico; los Nahuas, que ilustraron á Méjico; los Mayas, que algunos creen que procedían de Suramérica: los Caribes, los Guaraníes, los Canadenses, los Pielas Rojas y los Araucanos.

Después de leer esta breve exposición se podrá estimar en lo que vale la audaz afirmación del Sr. Restrepo, sin prueba alguna en su abono, sobre LA UNIDAD DE LA RAZA AMERICANA,

(Continuará.)

TULIO OSPINA.

NOTA DE LA COMISIÓN DE REDACCIÓN.—Habiendo dispuesto la Academia la publicación, en el *Repertorio Histórico*, de esta serie de artículos, su autor, espontáneamente, pidió permiso para suprimir aquellos pasajes de carácter puramente personal, á fin de no traer á las serenas páginas de una publicación científica el ardor de la polémica periodística.

BREVE ESTUDIO

sobre "Cuentos y Cantares" de D. Enero Henao.

La galante dedicatoria que el Sr. Enero Henao hizo á la Academia departamental de Historia de su libro "Cuentos y Cantares", recientemente publicado, nos ha sugerido la idea de hacer un brevísimo estudio crítico de esa producción, considerándola por el aspecto histórico, ó sea como documento de gran valía probatoria en las investigaciones científicas sobre el carácter del pueblo antioqueño, su original temperamento artístico y sus